

DÁMASO ALONSO Y EL FUTURO DEL ESPAÑOL

Durante muchos años sintió Dámaso Alonso una honda preocupación por el porvenir de la lengua española. Quisiera hoy rendir homenaje a su memoria limitándome a recordar las inquietudes, los temores, las advertencias por él expresadas a lo largo de los años, teniendo siempre en mente la salud de nuestro idioma, que él, como poeta y como lingüista, tanto amó y con tanto esmero cultivó. Hablaré yo lo menos posible; dejaré hablar a quien con insistente precisión trató de ponernos en guardia, para beneficio de una lengua común a tantos pueblos y naciones. Recordémosle y honrémosle recordando y abrazando sus ideas y desvelos en torno a nuestra lengua.

En 1956 proclamaba ya a los cuatro vientos la necesidad de trabajar por mantener la *unidad* de la lengua y la obligación que todos los hispanohablantes tenemos de *defender* a nuestro idioma. Ambas ideas quedaban explícitas en el título de su ensayo: "Unidad y defensa del idioma".¹ Se inquietaba en él Dámaso Alonso ante la inevitable tendencia de nuestra lengua hacia la fragmentación:

"El español, hablado en veinte países, tiene un indudable peligro de tendencia a la fragmentación",² ya que "cada

¹ Fue leído en una de las sesiones del Segundo Congreso de Academias de la Lengua, celebrado en Madrid del 22 de abril al 2 de mayo de 1956, e incluido en la *Memoria* del congreso, publicada por la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, Madrid, dentro del mismo año de 1956, pp. 33-48. Esa ponencia se publicó también en los *Cuadernos Hispanoamericanos*, 27 (1956), pp. 272-288.— [A lo largo de este breve trabajo antológico, me referiré al ensayo de Alonso con la abreviatura *Unidad*].

² Cf. "El español, lengua de centenares de millones de hablantes", en la *Memoria del I Congreso Internacional de Lengua Española*, ed. por Manuel Alvar, Las Palmas de Gran Canaria, 1981, pp. 419-428.

país es una *koiné* cultural, de acción disgregadora con respecto a la *koiné* general" (*Unidad*, p. 42). La lengua española, en efecto, "en su extensión tiene su peligro... Cada nación distinta que habla castellano, e incluso aquí en la misma España, tiende insensiblemente a cerrarse en exclusiva comunidad cultural, y con ello a producir quiebras idiomáticas en esta heredad de tantos pueblos, y las quiebras pueden llegar a abrirse y profundizarse hasta resultar una verdadera fragmentación".³

Quizá fuera un tanto exagerada su alarma ante la incipiente fragmentación de la lengua española, pero es bien sabido que para sacudir conciencias no son eficaces las advertencias morigeradas. De ahí que proclamara que "Por todas partes dentro del organismo idiomático hispánico se están produciendo resquebrajaduras: éstas afectan tanto a lo fonético como a lo sintáctico, a lo morfológico o al léxico... El edificio de nuestra comunidad idiomática está cuarteado" (*Unidad*, p. 43).

Ante el peligro de un calamitoso derrumbe, advertía que los hispanohablantes teníamos la obligación de esforzarnos por evitar la fragmentación de nuestra lengua común. Uno de los ensayos que aquí rememoro se iniciaba precisamente con este epígrafe pidaliano:

"Tenemos que poner todo nuestro esfuerzo para evitar la fragmentación de nuestra lengua" (*Nuestro idioma*, p. 747).

Ese objetivo debía ser el fundamental de los hablantes y de los propios académicos, subordinando a él los otros propósitos que campean en el lema de la Real Academia:

"El problema que tenemos delante no es el de dar esplendor, sino el de impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos" (*Unidad*, p. 36).

[Citado, en adelante, como *El español*]. Esta ponencia se publicó también en el *Boletín de la Academia Costarricense*, 10 (1965-1966), pp. 11-32.

³ Cf. "Nuestro idioma nos hace hombres", en *Universidad de Antioquia*, 36 (1960), n.º 142, pp. 747-750. [Cit. *Nuestro idioma*].

Tarea que no podía ser privativa de los gramáticos, de los lingüistas, de los académicos, sino propia de todos los usuarios de la lengua, en cuanto beneficiarios de un bien común:

“*Todos* tenemos que poner todo nuestro esfuerzo en que esa fragmentación no llegue” (*Nuestro idioma*, p. 749). “*Todos* los que usamos nuestra lengua estamos obligados (los cultos especialmente) a que entre nuestros veinte países se conserve la perfecta nitidez, la claridad total que aún tiene hoy, a pesar de diferencias aisladas de fonética, léxico, etcétera. Tenemos *todos* que defender la unidad del español” (*El español*, p. 422).

La universalidad de esta obligación, el compromiso paritario de españoles y americanos, es consecuencia natural del hecho —evidente, aunque no siempre reconocido— de que *todos*, todos los hispanohablantes de uno y otro lado del Atlántico, somos copropietarios del idioma, contra lo que un ilustre escritor decimonónico había sostenido. La actitud de Dámaso Alonso a este respecto es enteramente acertada y encomiable:

“En el siglo XIX era idea general la de que los españoles éramos los amos de nuestra lengua. En el momento del siglo XX en que vivimos, quizá ya esa idea no sea tan general, pero me parece que quedan muchos rastros de ella. En los que escriben sobre el idioma en los periódicos (articulistas o personas que dirigen cartas al Director), salvo contadas excepciones, no hay referencia ni precaución alguna respecto al hecho de la enorme plurinacionalidad de la lengua española. Quitar esa idea, o los muchos restos de ella, de la cabeza de los españoles ha sido empeño mío a lo largo de tantos años de mi vida adulta.⁴ Hace algunos publiqué un artículo cuyo título era precisamente «Los españoles no

⁴ Ese generoso y noble empeño de Dámaso Alonso ha rendido, sin duda, frutos entre algunos de los lectores de sus ensayos, pero el caso es que no se ha propagado como reguero de pólvora precisamente, y no sólo entre articulistas o entre los “hombres comunes”, sino tampoco entre personas de amplia cultura, lingüistas incluidos. Y la ciega pretensión de propiedad exclusiva se hace más patente entre los castella-

somos los amos de nuestra lengua». No lo somos. Los amos de nuestra lengua formamos una inmensa multitud de varios cientos de millones de hombres que hablamos español; todos somos los amos conjuntamente; pero por ser los amos de nuestra lengua todos tenemos deberes ineludibles para con ella, especialmente los millones y millones de hispanohablantes que hemos pasado por una educación de cultura" (*El español*, pp. 420-421).⁵ Al proclamar la necesidad de luchar contra las fuerzas disgregadoras y fragmentadoras del idioma, no olvidaba Dámaso Alonso —claro está— el hecho de que la fragmentación lingüística haya de ser —a largo plazo— suceso inevitable y necesario; pero no dejaba tampoco de señalar que la fragmentación puede, merced al esfuerzo conjunto y decidido de los hablantes de cualquier idioma, retardarse considerablemente.

"Naturalmente que a la larga la profecía de Cuervo [sobre la inevitable fragmentación de la lengua castellana] es valedera: no hay lengua en el mundo que no haya de fragmentarse o extinguirse un día" (*Unidad*, p. 43).

Bien se sabe: toda lengua cambia ineludiblemente, y todo cambio, toda innovación, puede llevar el germen de la diferenciación, de la división. De ahí la necesidad de encauzar esas innovaciones de manera que, siendo comunes a todos los países de habla española, no impliquen diversificación:

nos, frente a otros hablantes peninsulares del español, andaluces, canarios, gallegos, etcétera.

⁵ Sin duda para convencer a los españoles de lo acertado y justo de sus afirmaciones, les recordaba Alonso cuán minoritaria era su participación dentro del total de hispanohablantes: "¡Qué pequeña parte de ese conjunto formamos los españoles!... Es muy difícil calcular la cifra aproximada de hablantes de español... En resumen, la cifra de más de 250 millones puede tomarse como cálculo aproximado de hispanohablantes que hay en el mundo. ¿Qué representa, frente a ese conjunto, el número de españoles? Casi, casi, sólo la séptima parte. Dicho de otro modo: por cada español vivo existen en el mundo otros seis hombres cuya lengua es la misma nuestra" (*El español*, p. 421). Se escribía esto antes de 1978. La proporción, durante los últimos doce años, ha seguido variando en favor de los hispanoamericanos, dado el alto índice de crecimiento demográfico de Hispanoamérica.

“En toda lengua viva son necesarias la tradición y la innovación o creación idiomática. Sólo las lenguas muertas carecen de la segunda. . . Yo desearía que, *llevándola todos en el alma*, en este congreso hablásemos lo menos posible de la tradición; porque tenemos que habérmola con esa fuerza irresistible: la innovación. . . Nadie pensará ir contra el raudal: pero es nuestra obligación abrirle el mejor cauce posible”.⁶

Encauzando la trayectoria de esa evolución, refrenando la fuerza de su caudal, sería posible evitar la fragmentación pronta, la que podría producirse en un futuro previsible, en lo que Dámaso Alonso llamaba el *futuro histórico*.

“No nos importará esto [que toda lengua haya de fragmentarse algún día], sino nuestro porvenir inmediato, de una inmediatez que podemos llamar el futuro histórico adivinable. Sobre ese futuro histórico debemos obrar” (*Unidad*, p. 43).

No se arredra Don Dámaso ante el peligro de parecer insistente en demasía, como un “moscardón testarudo”. La trascendencia de sus consideraciones y la urgencia de sus consejos se sobreponían a ese temor: “Pido perdón: estoy dispuesto a insistir, como un moscardón testarudo. . . Como ya he dicho en otra ocasión, no veo peligros graves para el castellano en el período que llamo futuro histórico aunque en lo que llamo posthistoria haya de llegar a su desaparición como tal lengua, probablemente por evolución diversificadora. Nuestra misión consiste en alejar todo lo posible, por lo que toca a nuestro idioma, ese período posthistórico”.⁷ No temía, pues, por inevitable, a la “fragmentación

⁶ Cf. “Unidad y defensa del idioma” [ensayo de igual título que el mencionado en la nota 1, pero de contenido diferente], en BRAE, 46 (1964), pp. 387-395. [Cit. *Defensa*]. Publicado también en el vol. de *Actas del IV Congreso de Academias de la Lengua Española*, Buenos Aires, 1966, pp. 618-625.

⁷ Cf. “Para evitar la diversificación de nuestra lengua”, en *Presente y Futuro de la Lengua Española*, Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964, pp. 259-268. [Cit. *Diversificación*]. Se publicó también

total, que no creo ocurra salvo en miles de años, en lo que he llamado varias veces posthistoria, es decir, época tan alejada de nuestra vida y cultura en el futuro como la prehistoria lo es en el pasado" (*El español*, pp. 421-422).

No puede, de ninguna manera, imaginarse que las inquietudes de Dámaso Alonso fueran fruto de un academicista anacrónico. Su preocupación se refería a la necesidad de mantener la *unidad* esencial de la lengua española, aceptando como válidas todas las formas lingüísticas que hubieran sido aceptadas como tales por los hablantes cultos de los diversos países de lengua española, sin tratar de eliminar las diferencias —aún ligeras— existentes en ellos, aunque —eso sí— tratando de encauzar homogéneamente la evolución lingüística de manera que las innovaciones que hayan de producirse en la vida del idioma sean las mismas —se conozcan— en todas las naciones hispanohablantes. Recordemos con cuánta justa insistencia manifestó Dámaso Alonso estas incuestionables ideas:

"*Unificación antes que purismo. El purismo* [puede resultar] *inoportuno*" (*Diversificación*, p. 267). Las Academias deben entender "que no se trata de un problema de impurezas, sino de próxima rotura" del idioma (*Unidad*, p. 44). "Sí, aun nuestro mismo lema puede resultar equivocado: «limpia, fija y da esplendor». ¿Qué esplendor? Señores, no se trata de esplendor alguno, sino de evitar que dentro de pocas generaciones los hispanohablantes no se puedan entender los unos a los otros. . .⁸ El lema de nuestras medallas está completamente anticuado:⁹ por lo que tenemos

en *Arbor*, LV (1963), núms. 211-212, pp. 7-20.— La cita corresponde a las pp. 259 y 260.

⁸ Como puede advertirse a través de esta breve antología de las ideas lingüísticas de Dámaso Alonso, su actitud inicial era excesivamente pesimista, alarmista; el temor de que la fragmentación del castellano pudiera producirse "dentro de pocas generaciones" fue sustituido después por la idea —más objetiva— de que tal fragmentación se daría en el futuro posthistórico, no en el porvenir inmediato del idioma.

⁹ Ni «dar esplendor» ni tampoco —ya— «limpiar» de impurezas la lengua, sino —ante todo— mantener la «unidad idiomática»: "La lucha

que luchar es por la unidad fundamental de nuestra lengua" (*Unidad*, p. 34).¹⁰ "El afán de pureza lingüística puede actuar también como agente provocador. Cuando un flagrante extranjerismo, o una voz erróneamente derivada, o una acentuación antietimológica, etcétera, ruedan por todo el mundo hispánico y así todos los hispanohablantes se entienden, cuando tal ocurre, ¡no me toquéis ese extranjerismo, ese barbarismo, esa viciosa acentuación!... ¡Cuánta anarquía y división han introducido en los inmensos espacios del castellano algunos imprudentes intentos de limpiar la lengua! Lo que todos los hispanohablantes nombran y dicen de una sola manera, es limpio porque está purificado por esa misma unidad. No lo toquéis: creéis «limpiar», y lo que inconscientemente hacéis es fomentar la fragmentación idiomática" (*Unidad*, p. 45). "Para la rectoría... de nuestra lengua es necesario partir del actual *statu quo*: es decir, de la manera como se habla actualmente el castellano por la sociedad culta de cada uno de los países de nuestra comunidad idiomática" (*Unidad*, p. 45). Su creencia en la

por la «pureza» del idioma pudo ser el santo y seña del siglo XIX, pero hoy ya no puede ser nuestro principal objetivo: nuestra lucha tiene que ser para impedir la fragmentación de la lengua común... «Unidad idiomática»: ésa debe ser nuestra principal preocupación" (*Unidad*, p. 48).

¹⁰ Defensa apasionada de la *unidad* del idioma por cuanto que —también— la lengua es factor fundamental de la unidad de los pueblos hispánicos, posiblemente el vínculo que con mayor fuerza *une* a los hablantes de España con los de Hispanoamérica —y a éstos entre sí—, con los del Suroeste de los Estados Unidos y con los de las múltiples comunidades sefardíes y de las ya reducidas de las Filipinas, todos los cuales son "hombres en fin a los que todo parece separar, pero que se sienten dichosamente unidos por una sola cosa: la lengua que todos ellos hablan" (*Defensa*, p. 389). En consecuencia, "tenemos que trabajar por la lengua. No movidos por un sentimiento nacionalista. Es un sentimiento de hermandad de veinte países. Nada de nacionalismos aislados... El destino de nuestra lengua es el de ser vínculo de hermandad, de paz y de cultura, entre los cientos y cientos de millones de seres que, en proporción siempre creciente, la han de hablar en el siglo XXI y en los siglos y siglos de un larguísimo porvenir" (*El español*, p. 426).

necesidad de mantener la situación actual de la lengua se repite también insistentemente: Hay que “conservar en lo posible el *statu quo* actual del español tal como lo usan todos los hispanohablantes cultos” (*Defensa*, p. 394). “Cuando una determinada voz o forma sea empleada por toda nuestra idiomática comunidad, no es prudente quererla sustituir o reformar, aunque sea un extranjerismo o esté bárbaramente derivada o acentuada” (*Diversificación*, p. 267). “Lo que pretendemos es la conservación de una estructura significativa —la lengua castellana— en el estado en que hoy la usan los hablantes cultos de todos los países de nuestra comunidad lingüística. *Lo importante es, pues, la conservación de todo lo que sea común a todos los hispanohablantes cultos*” (*Defensa*, p. 392).

Però es el caso que el idioma español no es ya el mismo en todas las tierras en que se habla como lengua nacional; hay en cada país y aun en cada región diferencias notables, no sólo en el dominio de la fonética y del léxico, sino también —aunque en mucho menor grado— en el de la morfosintaxis. Ni siquiera en estos casos, iniciadores ya de cierta peligrosa fragmentación, consideraba Dámaso Alonso que hubiera de recurrirse a un principio de autoridad normativa que tratase de imponer las formas propias de una norma —¿la castellana?— a las peculiares de otras normas lingüísticas. Con un espíritu ampliamente generoso, recomendaba respetar religiosamente esas diferencias, aunque pudieran parecer anómalas para el sistema hispánico general; diferencias que, por otra parte, no le parecían todavía graves ni peligrosas:

“No se debe luchar contra las pequeñas diferencias existentes, sino admitirlas, como usos nacionales dentro de nuestra comunidad internacional” (*Unidad*, p. 45). *Yo estoy sincerísimamente convencido de que toda acción rectora del futuro de nuestra lengua tiene que hacerse con un absoluto respeto a las variedades nacionales tal como las usan los hablantes cultos.* Creo, por ejemplo, desatentado cualquier intento de sustituir por el *tú* el *vos*, absolutamente general en la República Argentina (entre otros si-

tios), como creería inútil y perjudicial cualquier conato de reprimir el *-ao* de nuestra pronunciación española, que a los hablantes cultos de Buenos Aires les suena a vulgarismo" (*Diversificación*, p. 261).¹¹ "Hay que respetar las variaciones nacionales ya existentes, sean argentinas, españolas, mejicanas, etcétera, existan donde existan en el conjunto hispánico. . . Hay que respetarlas tal como las practican los hablantes cultos de cualquiera de los países de nuestra lengua" (*El español*, p. 422).

Y ello por cuanto que esas respetables diferencias no representan peligro grave para la perfecta comunicación entre los hispanohablantes de unos y otros países: Hay que "conservar sus divergencias, que hoy por hoy no ponen en peligro la comunidad lingüística" (*Defensa*, p. 394). "Creo, pues, que deben respetarse las variedades nacionales que,

¹¹ Siempre he sentido cierta desconfianza ante los acólitos que se muestran más papistas que el Papa. Pero en este punto mucho me temo no poder evitar el mostrarme —sin ser yo académico— más academicista que quien llegó a ser Director de la Real Academia Española. Pienso, en efecto, que no sería totalmente inútil ni mucho menos perjudicial tratar de "corregir" algunas de esas anomalías, de esas desviaciones o diferencias particulares que suponen ya un primer paso hacia la fragmentación. No puedo saber si, algún día, el *vos* argentino (y de otros sitios) llegará a ser sustituido por el *tú*, como por cierto ha sucedido o está sucediendo en algunas regiones de Hispanoamérica de menor peso, sin duda, que la argentina; pero sí creo posible —quién lo hubiera pensado!— que el *-ao* español llegue tal vez a retroceder ante la pronunciación más propia (y acorde con la norma hispánica culta) *-ado*. Durante mis últimas visitas a España he advertido un resurgimiento, una resurrección de la *-d-* intervocálica entre hablantes, cultos. Imposible saber —claro está— si esa reposición llegará a triunfar en la fonética castellana culta, pero más imposible me parece negar tal posibilidad. (Posible fue que el *laismo* del Siglo de Oro cediera ante una reacción culta en favor de la forma *le*; como el propio Dámaso Alonso recuerda: *El español*, p. 423). Si existe un *ideal* de lengua española —y no sólo entre los hablantes cultos— y si existe un afán de superación en todos los hombres, cabe la esperanza de que las normas nacionales o regionales lleguen a supeditarse, a identificarse con ese ideal de lengua, con esa norma lingüística superior, que en gran medida está dirigida y orientada por la norma literaria, por la lengua *escrita* culta. Pero esto es harina de otro costal, que no viene aquí mucho al caso.

en el estado actual de la lengua, no dificultan (o en el peor caso, no dificultan gravemente) la comunicación idiomática" (*Diversificación*, p. 261).¹²

En cambio, hay que esforzarse por uniformar las innovaciones, para mantener así la homogeneidad fundamental del sistema lingüístico. Debemos, sí, respetar las diferencias ya existentes, pero tenemos que "juramentarnos para evitar otras ulteriores divergencias".¹³ "Hay que luchar, en cambio, con toda decisión y con todo entusiasmo contra el ulterior desarrollo de esas tendencias" innovadoras (*Unidad*, p. 45). "Por lo que respecta al otro factor, el de la innovación o creación idiomática, el principio fundamental debe ser éste: cualquier elemento de innovación, es decir, de creación, debe ser común a todos los países hispanohablantes" (*Defensa*, p. 392). Y si el extranjerismo puede ser ya, en sí mismo, un peligro frente al cual debemos estar "precavidos", aunque "sin los remilgos del purismo", el verdadero peligro, "el mayor —general a toda innovación lingüística— [es] que se empleen dos extranjerismos diferentes para una misma cosa" (*Defensa*, p. 392). Y no dejaba de advertir que esa influencia extranjera suele ejercerse dentro del sector léxico del idioma, de manera que también estamos obligados a cuidar esa parte, más superficial que la morfosintáctica, de la lengua: "Tengo que salir al paso de una idea que suele ser frecuente entre lingüistas: la de que la diversificación en materia de léxico no es peligrosa para la unidad de la lengua" (*Diversificación*, p. 265).

¹² Así es, en efecto, en la casi totalidad de las ocasiones. Sólo recuerdo un caso en que la desviación dialectal altera el significado de la enunciación, del mensaje mismo. Me refiero al uso mexicano —y algo más que mexicano— de la preposición *hasta* para expresar no el *final* de una acción durativa, sino el *comienzo* —o el momento de cumplimiento— de una acción perfectiva, en casos como "Viene *hasta* las once" ['a las once llega] o "Lo entierran *hasta* mañana". De esto me he ocupado ampliamente en un trabajo ("Precisiones sobre el uso mexicano de la preposición *hasta*") publicado en el *Anuario de Lingüística Hispánica* de la Universidad de Valladolid, VI (1990), 293-321.

¹³ Atendiendo sobre todo a "la creación idiomática que impone la vida moderna" (*Defensa*, p. 394).

El respeto a las pequeñas diferencias regionales presupone que la unidad lingüística a que podemos aspirar no representará una homogeneidad absoluta, una uniformidad idiomática cabal, pero sí una unidad básica, fundamental. ¿Podríamos alcanzar *la unidad total?*, se pregunta Dámaso Alonso. No, responde categóricamente, ya que hemos de respetar "las diferencias nacionales ya existentes. . . Es, por tanto, no una unidad total, sino la unidad básica representada por el modo de hablar actualmente de los hombres cultos en cualquier país de nuestra lengua" (*El español*, p. 422).

De ahí la enorme importancia, la trascendencia de la labor educativa, de la difusión de la cultura entre todas las capas de la sociedad: "Quiere esto decir que en todas partes conviene fomentar la cultura para impedir avances del vulgarismo destructor" (*El español*, p. 422). "El enemigo idiomático dentro de cada nación, de nuestra *koiné* idiomática, es el vulgarismo y el dialectalismo, y el porvenir de la lengua castellana en el mundo depende de la difusión de la cultura, de la enseñanza: la escuela, la segunda enseñanza y la universidad" (*Diversificación*, p. 261).

Indicados los peligros que acechan al idioma, no deja de señalar Dámaso Alonso cuáles pueden ser los recursos y los procedimientos con que deberían ser aquéllos combatidos. Ante todo, a través de un conocimiento recíproco entre los hablantes de cada uno de los países hispánicos. Para evitar la fragmentación lingüística histórica "sólo hay un camino: aumentar o intensificar por todos los medios posibles el intercambio literario entre los pueblos hispanohablantes" (*Nuestro idioma*, p. 747).

Hay, sin duda, más caminos, que el propio Dámaso Alonso fue señalando en sus diversos escritos. Fundamental, el de la educación o instrucción general. Si el vulgarismo es, en su opinión, como acabamos de ver, un grave peligro, habrá que combatirlo mediante la extensión de la cultura: "Ni que decir tiene que los órganos a quienes estará encomendada la ejecución del plan de defensa serán los pedagógicos, entendida la pedagogía en el sentido más amplio

(antes y después y siempre, la escuela; y también los institutos y liceos y las universidades, y la radio y la prensa). La dirección habrá de competir a las Academias", [para lo cual] "me temo que será necesario que se reformen a sí mismas" (*Unidad*, p. 46).¹⁴ He aquí un académico consciente y realista. Las Academias de la Lengua pueden —y deben— ser, en efecto, rectoras de la vida del idioma. Pero habrán de reformarse a sí mismas, de hacerse más activas y más responsables. Habrán de contar con el concurso de jóvenes lingüistas, poseedores de una sólida formación *lingüística* precisamente: "Lo primero que hace falta es que cada académico de la lengua sea un ser entusiasta, bien persuadido de la nobleza... de nuestra causa: la defensa de la unidad del lenguaje... Las Academias tienden a ser poco activas y entusiastas; al fin y al cabo, son entidades formadas por personas de edad, y que lo que prefieren es, sobre todo, evitar incomodidades. Es necesario, creo, abrir las puertas a gente más joven, que disponga de más tiempo y esté especializada en lingüística (*Unidad*, p. 47).

La *política lingüística* es una de las tareas primordiales de la "moderna" sociolingüística. La *enseñanza* —normativa— del idioma, tanto del materno cuanto de lenguas extranjeras, es objetivo principal de la "moderna" lingüística aplicada. La *codificación* de idiomas humanos es labor a que presta acuciosa atención la gramática de nuestro tiempo. La *lealtad lingüística* es comportamiento a que atiende cuidadosamente la moderna sociología del lenguaje. Actividades todas ellas que han sido propósito fundamental de las Academias de la Lengua. El pasado vuelve a ser prólogo, una vez más. Así lo hacía ver, con un dejo de ironía, Dámaso Alonso: "He aquí cómo a nuestras viejas instituciones de raigambre dieciochesca se les abre ahora un panorama modernísimo: una posibilidad de ser órganos vivos, alerta, actualísimos, eficaces" (*Unidad*, pp. 33-34).¹⁵

¹⁴ Reforma, rejuvenecimiento en que insistía años después, tozadamente: "Es necesario vivificarlas todas [las Academias]" (*El español*, p. 425).

¹⁵ El cometido fundamental de esas rejuvenecidas [esperemos que

En estos tiempos en que buen número —si no es que la mayor parte— de los lingüistas (incluidos los de lengua española) parecen interesarse más por la lingüística que por las lenguas, la actitud de Dámaso Alonso me parece de máxima importancia y de validez incuestionable. Él delineó un programa de política lingüística que no debemos ignorar o postergar. Para los estudiosos de la lengua española, su realidad actual, su variedad social y geográfica, su porvenir, inmediato —su *futuro histórico*— y su pasado también histórico deberían ser los objetivos fundamentales de sus trabajos e investigaciones. Las Academias no suelen ni pueden atender a toda esa complejísima realidad lingüística. Debería ser tarea de todas las instituciones filológicas del mundo hispanohablante: universidades, institutos y centros de investigación superior, y aun de los esfuerzos personales, individuales, de todos los lingüistas que se interesen más por la *lengua* española que por los mutables e inclusive fugaces planteamientos metodológicos de la lingüística teórica o general. Como Dámaso Alonso, creo que nuestro idioma bien lo merece. Como cualquier otra lengua de cultura.

JUAN M. LOPE BLANCH

lleguen a rejuvenecerse] Academias “ha de ser —respetando, en el nivel de los hablantes cultos, toda la variedad existente— conservar y favorecer el depósito común de nuestra cultura” (*Defensa*, p. 391).